

EL PREDICADOR PARALÍTICO

Por la Sra. C. A. Williams

Cho Won Chan vive con su madre en una choza con techo de paja, en una aldea coreana.

Cho no es un niño común porque es paralítico, y siempre será un inválido. No puede mover las piernas, y sólo puede levantar las manos desde la altura de la cintura hasta la boca, no más. Se pasa la vida apoyado en la cama, o sentado en una silla reclinable al lado de la casa o en el jardín. Pero hay algo muy definido con respecto a Cho. El ha dedicado su vida completamente al Señor, y es un buen miembro de escuela sabática y un misionero.

Un día Cho llamó a su madre al lado de la cama y le dijo:

-Mamá, yo quiero predicar el Evangelio. Quiero compartir mi fe y hablar a otros acerca de la pronta venida de Cristo.

Su madre lo miró y le dijo:

-Cho, ¿qué puedes hacer en tu condición'? ¿Cómo puedes predicar estando cómo estás? ¿Cómo podrás hacer trabajo misionero si no puedes caminar?

La respuesta de Cho fue:

-Puedo escribir y puedo orar, y voy a darle estos talentos al Señor aun cuando sean pocos.

Su madre y sus vecinos en la aldea no prestaron mucha atención a lo que el niño hacía, pero diariamente Cho escribía cartas a los amigos y los animaba a inscribirse en las lecciones de la Escuela Radiopostal. El sentía una preocupación especial por los pacientes de un gran hospital de la ciudad de Taejón, no muy distante, y por bondad de un amigo recibía los nombres y direcciones de diferentes pacientes de este hospital.

Uno de los pacientes del hospital de Taejón decidió aceptar la invitación e inscribirse en la Escuela Radiopostal. Inició una correspondencia amigable con Cho. Este hombre se graduó del curso bíblico de la Escuela Radiopostal, y a su debido tiempo fue dado de alta en el hospital. Estaba tan ansioso de conocer a su amigo por correspondencia Cho, quien fielmente le había escrito y lo había animado, que en seguida tomó el tren para ir a la aldea de Cho. Después de bajar del tren tuvo que caminar más de tres kilómetros en muletas antes de llegar al hogar de su amigo.

Cuando se aproximaba a la casa, pensó: "Me va a resultar embarazoso encontrarme con mi amigo de esa manera, caminando con muletas". Y se preguntaba si no debía esconderlas antes de entrar en la casa. Pero no podía andar muy bien sin ellas, de manera que siguió adelante y llamó a la puerta de Cho. Salió a recibirlo la madre del niño, quien lo invitó a pasar a la pieza de Cho donde los dos se encontraron por primera vez. ¡Cuán asombrado quedó al ver la condición de su amiguito! No sabía que Cho era paralítico ni que estaba en peor condición que él mismo.

Esta visita le causó una tremenda impresión. Siguió estudiando la Biblia y finalmente fue bautizado en la iglesia. Cuando volvió a su aldea predicó el Evangelio, contando la historia de su amiguito que lo había guiado a esta maravillosa verdad.

Cho continuó su predicación por correspondencia, y el último año y medio ganó a once personas para esta maravillosa verdad.

Niños, ¿no consagrarán solamente sus manos como lo hizo Cho, sino también sus pies y todo su cuerpo para proclamar las maravillosas nuevas de la salvación?